



Á MI MADRE.



O bien sé, madre mía, que mis pobres versos no tienen más mérito que el sentimiento que los ha inspirado.

Al publicarlos, no he cedido á los ruegos de mis amigos, y al escribirlos no he hecho más que consignar en ellos mis sentimientos.

Su historia es muy sencilla.

Veía, cuando era niño, tu semblante pálido y triste, y aprendí á llorar.

Mi juventud ha sido una cadena no interrumpida de sufrimientos, y ansioso de consuelo he cantado como las aves al declinar el día, la tristeza de mi vida y el desaliento de mis esperanzas.

Recordando con orgullo que te miraba sonreír cuando leía mis canciones en el seno de la familia, me he decidido á reunir las en estas páginas, para darte un placer.

En estas modestas hojas encontrarás mi historia.
Aquí están los dulces recuerdos de mi niñez, mi
juventud desgraciada, los ensueños de mi primer
amor, mis ilusiones perdidas, y mis esperanzas en
el cielo.

Como una prueba de mi ardiente amor y de mi
profunda gratitud, las deposito en tu seno, te las
dedico, y será mi más dulce recompensa, que olvi-
des al leerlas nuestros pesares.

México, Junio de 1864.

JOSÉ ROSAS.



SONETO.

A MI MUY ESTIMADO AMIGO JOSÉ ROSAS.

BARDO, que errante hasta mi humilde huerto
Con tu lira y tu amor llegaste un día,
Y luego con tu célica armonía
Poblaste mi jardín triste y desierto.

Pájaro errante, que con vuelo incierto
Veniste á mí por dulce simpatía,
¡Ay! con cuánto placer el alma mía
Oyó de tus suspiros el concierto.

Canta, canta sin fin; tu amante lloro
Y tu doliente querellar de amores,
Las auras llevarán en dulce coro.

Canta de Anáhuac las divinas flores,
Que ellas recogerán como un tesoro
El triste llanto que en sus hojas llores.

L. G. ORTIZ.





DIOS.

TRADUCCIÓN LIBRE DE LAMARTINE.



ESTE astro universal que nunca muere,
Que no tiene ni término ni aurora,
Es Dios, el grande Sér, el Sér inmenso
Que á sí mismo sin fin siempre se adora.
El existe, y en Él existe todo:
La inmensidad, el tiempo,
De su Sér infinito

Los elementos son, y es el espacio

Su espléndida morada.

La eternidad, apenas

Pálida sombra de su edad seria;

Su imagen es el mundo,

Y sus miradas son la luz del día.

El universo existe

Bajo la dulce sombra de su mano;

Y el sér en tanto en eternas olas

Sin cesar de su seno está brotando:

Y cual inmenso río

Que esta fuente magnífica nutriera,
Corre y vuelve á morir donde naciera.
Sin límites como Él, sus grandes obras
Bendicen al nacer su providencia;
El puebla el infinito con su aliento;
Brotó el sér á su solo pensamiento,
Y produce existiendo la existencia.
De Él emana en la tierra cuanto existe;
Y es siempre, sin cesar, en todas partes
Su sola voluntad su ley suprema.
Pero esta voluntad no es débil nunca,
Y es á la vez poder, sabiduría,
Justicia y armonía.
Él puede dominar de una mirada
Cuanto existe en los mares y en los cielos,
Y astros formar y soles de la nada.
El puede derramar por donde quiera
Belleza y juventud, dicha y amores,
Y al prodigar sus dones celestiales,
Puede hacer de los miseros insectos
Los poderosos dioses inmortales;
Pero estos dioses que su mano cría
Compararse con El nunca pudieran,
Y sin Él estos dioses no existirían.
Mirad, mirad al Dios que el alma adora;
Al que Abraham acataba reverente;
Al que en sueños Pitágoras veía;
Al que anunciaba Sócrates ardiente,
Y al que Platón soñando presentía.
Este Dios que revela el universo;

Que la justicia en su inquietud buscaba;
Que en su dolor profundo
El infortunio mísero esperaba,
Y que el Cristo por fin mostrara al mundo,
No es el Dios que los hombres fabricaron;
No es el Dios de los falsos sacerdotes,
Frágil y torpe hechura;
No es el Dios del error y la impostura
Que en otros siglos adoraba el hombre.
El es solo, El es justo y El es bueno:
El mundo está de sus bondades lleno,
Y el cielo sabe su divino nombre.
Dichoso aquel que á conocerle alcanza,
Y más dichoso aún el que le adora,
Pues en tanto que el mundo que le ofende
Su majestad ignora,
Solitario á la luz de las estrellas
Al templo va donde la fe le guía,
Y allí de amor y gratitud ardiendo
Como el incienso al cielo su alma envía.
Para elevarse á Dios los corazones
Necesitan virtud y fortaleza
Y que les dé el amor sus dulces alas.
¡Ah! si al menos hubiera yo nacido
En la feliz edad en que los hombres,
Al comenzar del mundo la existencia
Se acercaban á Dios á cada instante,
Se acercaban á Dios por la inocencia,
Y con El conversando cara á cara
Gozaban sin cesar de su presencia!

¡Que no hubiera yo visto el universo
Cuando el sol lo alumbró la vez primera!
¡Que no hubiera escuchado al primer hombre
Al despertar gozoso
De su primer ensueño venturoso!
Todo de tí le hablaba,
Tú le hablabas de tí, y el orbe entero
Tu majestad suprema respiraba.
Al salir de tus manos la natura
Publicaba tu nombre en todas partes,
Y si el hombre el pasado contemplaba,
En el pasado á tí solo veía,
Y si á su padre en su aflicción llamaba,
Tu cariñosa voz le respondía.
Como á inocente niño
Le enseñabas tu nombre soberano,
Y en él cifrando tu mayor cariño,
Por doquier le llevaste de la mano.
Tu majestad Augusta muchas veces
A sus ojos atónitos mostraste,
De Sannar en el valle delicioso
Y en la alta cumbre del Oreb glorioso,
Do al jefe de Isráel tu ley dictaste.
Los hijos de Jacob tus hijos fueron,
Y en muchos años en su triste senda
El maná de tu mano recibieron.
Al dar tu inspiración á los profetas,
Con tu fuego su espíritu alumbrabas,
Y con la eterna luz de los prodigios
El error y la duda disipabas.

Si acaso alguna vez de su memoria
Tu imagen inmortal borrar querían,
Presurosos tus ángeles venían
A mostrarles los rayos de tu gloria.
Pero ¡ay! así como se pierde el río
Que se va de sus fuentes alejando,
Este recuerdo al fin se va borrando.
Llegó á palidecer el astro hermoso
Y eclipsó sus espléndidos fulgores
La pavorosa noche de los tiempos.
Cuando de hablar dejaste,
Los hombres te olvidaron,
Y conmovió sus almas otro anhelo,
Y entre el mundo y el cielo
De la duda el abismo colocaron.
Envejecido el mundo
Se olvidó de tu gloria y de tu nombre,
Y para hallar tu huella
Es preciso volver ola por ola
A los primeros días de los tiempos.
Cielos, astros, feraz naturaleza,
¡Ay! en vano os bendigo y os contemplo,
Y en vano el hombre os mira,
Porque sin ver á Dios admira el templo.
En vano sigue en el inmenso cielo
De mil soles el curso misterioso,
Pues no mira la mano que los guía,
Y el prodigio dejó de ser prodigio.
¿Quién sabe do comienzan
Su senda gloriosa?

Mañana brillarán como hoy brillaron.
¡Quién sabe si esta antorcha
Que fecundiza el suelo,
Sin principio ha existido, ó si hubo un día
Que por primera vez brilló en el cielo!
De su primera aurora nuestros padres
Nunca los rayos vieron,
Y en los días eternos
No ha brillado jamás el primer día.
Y hoy en vano, Señor, tu providencia
En el mundo moral, en grandes cambios
Sin cesar nos revela tu presencia,
Y es en vano, Señor, que á un soplo tuyo
Se mire en un instante
El cetro y el poder de los humanos,
De unas manos pasando en otras manos,
Ya están, Señor, cansados nuestros ojos
De mirar el vaivén de la fortuna;
Y entre tantas catástrofes terribles,
Dormimos ¡ay! sin emoción alguna.
Despiértanos, gran Dios, transforma el mundo,
Haz oír tu palabra poderosa,
Levántate, Señor, deja el reposo,
Y forma de este caos otro universo.
Nuestros mortales ojos fatigados
Necesitan mirar otros objetos,
Y han menester milagros y prodigios
Nuestras débiles almas vacilantes.
Cambia, Señor, el orden de los cielos,
Y haz brotar otro sol á nuestra vista:

Destruye este palacio
Que tan indigno ha sido de tu gloria;
Vén tú mismo á mostrarnos tu grandeza,
Y haznos creer en tí, Dios de los cielos. . . .
Mas quién sabe, Señor, si antes del día
Que deje el sol de iluminar la tierra,
La luz del sol moral, oscurecida,
Dejará de alumbrar el pensamiento.
Si esto sucede al fin, en un momento
El universo volverá á la nada.
Tú destruirás, Señor, tu inútil obra;
Sus destrozos de edades en edades
Volarán sin cesar en el vacío,
Y exclamarás entonces: "Sólo existo,
Nada existe sin mí, y en vano el mundo
Mi majestad augusta negar quiere;
Cesando de creer, el hombre muere."

México.—1864.





LA PRIMAVERA.



CUANTA luz, cuántos colores
Derrama el naciente día!
La estación de los amores
Llena el aire de armonía,
Llena los campos de flores.

Con inefable dulzura
Gime el céfiro volando
Por la escondida espesura,
Y las aves suspirando
Le responden con ternura.

Al través del bosque umbrío
Pasan las ondas del río
Que las auras estremecen,
Y los álamos se mecen
Abrumados de rocío.

Vuelan y cantan las aves,
Y entre la selva, la fuente
Se desliza mansamente,
Suspirando ecos suaves
Que le responde el torrente.

Pasando de rosa en rosa,
Entre el trémulo follaje
Se agita la mariposa,
Ostentando vanidosa
Las galas de su ropaje.

Palomas y ruiseñores,
Fuentes, árboles y viento,
Todos se dicen amores,
Los céfiro y las flores,
Las flores y el firmamento.

En los últimos confines
Que limita el horizonte,
Hay verjeles y jardines,
Y hasta en la cumbre del monte
Crecen los blancos jazmines.

Todo á los ojos encanta,
Todo es espléndido, hermoso,
Todo goza, todo canta:
Pero ¡ay! entre dicha tanta
Solo yo no soy dichoso.

Todo se agita gozando
Con sonrisa placentera
Y está de amor suspirando. . . .
Sólo yo vivo llorando
En la dulce primavera.

Sus encantos seductores
No mitigan mis dolores,
Y me son indiferentes
Los árboles y las flores,
Los céfiros y las fuentes.

Con su mágica belleza
La feraz naturaleza
Mis sufrimientos no calma;
Siento en el fondo del alma
La opresión de la tristeza.

En vano entre mil fulgores,
Viene de flores ceñida
La estación de los amores,
Pues no trae entre sus flores
Ni una flor para mi vida.

Ya nada me halaga, nada,
Me hace sufrir cuanto existe,
Porque tiendo la mirada
Y todo lo encuentro triste
Como la dicha pasada.

Sin amor, sin ilusión,
Y en eterna agitación,
Camino trémulo, incierto. . .
Mi existencia es un desierto,
Ya no tengo corazón.

Ese viento, esa armonía,
Esas flores que se mecen,
Esa sonrisa del día
Con su luz, con su alegría,
Mi corazón entristecen.

¡Ay del que llora perdida,
Lleno de afán y dolor,
Su esperanza más querida!
¡Ay del que pasa la vida
Sin esperanza de amor!

No hay dolor que no me hiera,
Muy desdichado nací:
Nada el corazón espera:
Para mí no hay primavera,
No hay ventura para mí.





Historia de una Flor.

SONETO.

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!
QUINTANA.

HERA una rosa de beldad modelo,
Blanca, y pura, y brillante como estrella;
Gloria y encanto de la aurora bella
Y amor de un lirio de color de cielo.
Insensible á su amargo desconsuelo,
De su tallo la arranca una doncella
Y al amante feliz brinda con ella
La dulce prenda de su dulce anhelo.
Lloró el lirio un instante, al otro día
Ni siquiera pensaba que la rosa
Por su amor y su ausencia se moría.
De un venturoso amor prenda dichosa,
A otro daba la dicha que perdía.
¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!



ADAN Y EVA.

SONETO.

DEL sol á los postreros resplandores,
Desalentado, y triste, y sin ventura,
Cruza Adán por el árida llanura,
Devorando en silencio sus dolores.
Al pasar los alegres ruisseños,
Se acuerda de su edén con amargura,
Y piensa sin cesar en su hermosura,
Y en sus tranquilas fuentes, y en sus flores.
Eva, que mira su penar doliente,
Le acompaña á llorar dando un gemido,
Y amorosa le mira tristemente.
El, entonces, la estrecha conmovido,
Estampa un beso en su serena frente,
Y hasta se olvida de su edén perdido.

